

EL SALÓN DE PACHINKO

ELISA SHUA DUSAPIN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS Y NOTAS
DE ANDREA DAGA



TÍTULO ORIGINAL: *Les billes du Pachinko*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Editions Zoé, 2018
Published by arrangement with Agence littéraire Astier-Pécher
© de la traducción, Andrea Daga, 2023
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2023
© de la ilustración de cubierta, Noemi Fabra, 2023

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-92-9
DEPÓSITO LEGAL: M-24956-2023

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EL SALÓN DE PACHINKO

ELISA SHUA DUSAPIN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS Y NOTAS
DE ANDREA DAGA



La autora da las gracias a la Fundación Leenaards,
a la Fundación Facim, al Centre National du Livre,
a la República y al Cantón del Jura por su apoyo.

A mi *halmoni* y mi *halaboji*.
A Romain.

«El Pachinko es un juego colectivo y solitario. Las máquinas están ordenadas en largas filas; cada uno, de pie, delante de su tablero, juega para sí, sin mirar a su vecino, con el que, sin embargo, se codea».¹

Roland Barthes, *El imperio de los signos*.

¹ Roland Barthes, *El imperio de los signos*, Mondadori (1990). Traducción de Adolfo García Ortega.

Salgo del tren, me precipito a las entrañas de la estación de Shinagawa. Paredes descascarilladas, pantallas digitales que anuncian un dentífrico con la imagen de una mujer de colmillos resplandecientes. Flujos de gente con prisa. Fuera, unos obreros retiran los restos de una obra. Una plataforma sobresale de un parque de cerezos, parcelado por vallas donde fuman los *salarymen*, con gesto brusco. Aplastan las colillas en piedras que me recuerdan a la sal que se da a los caballos.

Sigo las instrucciones de la señora Ogawa. Coger la pasarela que lleva al complejo residencial, edificio 4488, avisar de mi llegada en el interfono, el ascensor me subirá hasta la última planta.

La puerta se abre al interior del apartamento.

A pesar del calor, la señora Ogawa lleva una chaqueta de traje, un pantalón de felpa y zapatos. Es mayor de lo que pensaba. Tal vez me parece más vieja por lo delgada que es. Ha mandado a su hija, Mieko, a hacer unas compras a la tienda veinticuatro horas. Quiere enseñarme el lugar mientras la esperamos.

Un largo pasillo conecta una serie de habitaciones en perfecta simetría. Empezamos por el cuarto de baño. Plástico de color carne, minúsculo. Apenas quepo de pie. Enfrente, el dormitorio, también muy estrecho, con armario empotrado, moqueta de color castaño. Hay dos colchas sobre la cama, una bien planchada, la otra arrugada; faldas y camisetas desperdigadas. El aire huele a tabaco rancio.

—Antes era un hotel, la planta de fumadores —se disculpa la señora Ogawa—. Cuando quebró, pudimos instalarnos aquí. Mi marido es ingeniero de trenes de alta velocidad. Trabajó en la ampliación de la estación de Shinagawa para la llegada del Shinkansen. El barrio se está desarrollando. Este edificio va a convertirse otra vez en hotel, las obras están previstas de aquí a fin de mes pero, por ahora, somos los únicos que viven aquí.

Me observa desde el umbral de la puerta, con la mano sobre el pomo. Doy una vueltecita sobre mí misma, avergonzada por esta intimidad a la que permiten que me asome bajo la luz de una bombilla sin pantalla. No hay ventanas.

Al final del pasillo, un salón-cocina, abierto, estilo americano. La cocina de gas ocupa casi todo el espacio, junto con la biblioteca. Tras el ventanal acristalado, una capa de contaminación difumina la megalópolis a nuestros pies.

La señora Ogawa me lleva de nuevo a la entrada.

—La habitación de Mieko está abajo —dice mientras despeja una puerta medio escondida por un

perchero, que se abre a una escalera de hormigón—. Ten cuidado, hay que bajar para encender la luz.

Su voz se oye ligeramente amplificadas, como en una cueva. La sigo a tientas hasta que noto un suelo gomoso. La humedad es aún mayor. Los neones parpadean un rato hasta que revelan una tarima rodeada por una baranda de vidrio. Abajo, un foso. El suelo en leve pendiente termina en una boca de desagüe y, en una esquina, una cama para una persona.

La señora Ogawa apoya las manos sobre la baranda.

—La piscina. No era funcional, ni siquiera en los tiempos del hotel. Por el moho. Desde que la hemos vaciado, está en muy buen estado. Mieko duerme aquí de forma provisional.

Me inclino para ver mejor. Alrededor de la cama, un escritorio, una cómoda, una esterilla de yoga y un aro, multiplicados por los espejos que hay enfrentados en las dos paredes. Han prolongado el pasamanos con cubos de plástico. Me viene la imagen del tetris, ese juego de *arcade* en el que caen formas geométricas y que consiste en ordenarlas sin dejar espacios.

—¿Le gusta el yoga? —pregunta la señora Ogawa.

Yo respondo que no sabría decirle, nunca lo he practicado. Ella asiente lentamente con la cabeza.

Volvemos a subir. Una niña nos espera en la cocina. Corte *bob* recto, pantalón corto y camiseta amarillos.

Está sudando, el flequillo se le queda pegado a la frente cuando se inclina para saludarme.

—La he cogido de salmón —le dice a su madre, mostrándole una bandeja de lasaña precocinada.

Solo son las diez de la mañana, pero Mieko pone la mesa mientras su madre abre unas ostras, calienta la lasaña en el microondas, la saca, vapor. Nos sirve a Mieko y a mí trozos grandes, para ella uno pequeño.

Se ha quitado la chaqueta. La camiseta se le ciñe a las costillas y a dos pezones puntiagudos. Se le marca una vena del hombro a la muñeca. Todo en ella está seco, pienso. Excepto las láminas de la lasaña que se resbalan de los palillos y que atrapa de nuevo hurgando en la bechamel rosa. De vez en cuando, siento entre los dientes un trozo más duro que debe de ser el salmón. Mieko ya ha terminado. Echada sobre el respaldo de su silla, abre y cierra la boca con un movimiento de pez.

La señora Ogawa se seca los labios, dobla su servilleta:

—Si también pudiera sacarla de vez en cuando...

—Por supuesto.

—Estaba pensando... Para empezar, ¿podrías ir a jugar?

—Está bien.

En realidad, no estoy segura de haber entendido el término *jugar* en japonés. Como en coreano, se aplica tanto a una salida entre colegas como a un juego de niños. Tengo casi treinta años, no estoy acostumbrada a los niños, no tengo ni idea de qué los

puede distraer a esta edad y empiezo a arrepentirme de haber respondido al anuncio. Lo encontré mientras estaba en Ginebra, en la página de la Facultad de Letras de la Universidad Sofía de Tokio. «Se busca tutora nativa de francés para niña de diez años durante las vacaciones de verano, en Tokio». Precisamente iba a ir a pasar el mes de agosto en casa de mis abuelos, con vistas al viaje a Corea que teníamos previsto hacer a principios de septiembre, y temía quedarme en casa sin hacer nada. La señora Ogawa es profesora de francés, pero iba a estar ocupada preparando la vuelta a clase y no quería que su hija se quedara demasiado tiempo sola. Habíamos acordado que yo vería a Mieko unas cuantas veces durante mi estancia.

La señora Ogawa raspa su plato mirando el mío.

—No le gusta. Coja unas ostras.

—Sí, sí —le digo engullendo una gran porción.

Pero ella recoge la lasaña y Mieko coloca una ostra delante de mí. El molusco se retrae, un bultito de viscosidad. Lo aspiro aguantando la respiración.

Satisfecha, la señora Ogawa quiere saber dónde me alojo. No muy lejos de aquí, a diez estaciones al norte en la línea Yamanote, en casa de mis abuelos. Me detengo, molesta. Hablar de ellos en japonés me hace sentir que son extranjeros para mí. Para compensar, me extendiendo, digo que son coreanos, que llevan un establecimiento de pachinko en su barrio, Nippori.

—Un pequeño pachinko —aclaro—. Lo llevan desde hace más de cincuenta años, desde que emigraron.

Mieko se acerca a la mesa, interrumpiendo el tic de la boca. La señora Ogawa asiente con el gesto perturbado que puso cuando le dije que no hago yoga. Esta vez, puedo entender mejor que se muestre ausente. En Japón, el pachinko, una especie de *pinball* vertical, se relaciona con las máquinas tragaperras de los casinos. Aunque todo el mundo juega, siguen estando mal vistos. Los establecimientos de pachinko, o simplemente pachinkos, tienen su propio sistema bancario y la reputación de financiar en la sombra a los principales partidos políticos, monopolizan los espacios publicitarios de los medios y alimentan toda una economía paralela. Esto vale sobre todo para las grandes cadenas como Diamond o Merrytale. No para el establecimiento de mi abuelo.

Cuando terminamos la comida, la señora Ogawa baja a la piscina y Mieko coloca sus cosas en la mesa.

—¿No vamos a tu habitación?

—No, está mamá.

Ella me llama *sensei*, profesor en japonés. Le pido que me llame por mi nombre, Claire, pero no consigue pronunciarlo, «keuleru»;² mejor entonces *onni*, hermana mayor, en coreano.

—*Onni* —repite muy bajo, como para recordarlo mejor.

² Transcripción que caricaturiza cómo un japonés pronunciaría el nombre francés Claire.

Su cuaderno de deberes está bien anotado. El tema del día, la concordancia de los adjetivos. Como no sé cuál es su nivel, me conformo con leer en voz alta los enunciados, desalentada por la austeridad de la metodología, beis, sin ilustraciones. Mieko no comete ningún error, se adelanta a mis preguntas, hasta tal punto que acabo por preguntarle para qué sirvo yo.

—Es porque lo hemos practicado —dice ella.

—¿Practicado?

—Sí, porque venías tú.

Pienso en la secuencia de gestos que han tenido durante la comida, ella y su madre, en perfecta sincronía.

La miro un momento mientras completa sus fichas, luego la dejo trabajar. Bordeo el ventanal acristalado. La estación vista desde arriba, con su tronco y las cuatro pasarelas, un reptil al acecho. A su alrededor, edificios y cables eléctricos se extienden en líneas de fuga hasta el monte Fuji, que se intuye a lo lejos, entre la contaminación.

Recorro la biblioteca. Rousseau, Chateaubriand. Ensayos de literatura, el Romanticismo en Suiza. Libros de historia. La Revolución francesa. Al verlos aquí, tengo la sensación de que estas obras no hablan de la historia que he aprendido yo, sino de otra, paralela, que habría ocurrido al mismo tiempo, en otro planeta.

Hacia la una de la tarde, la señora Ogawa sube vestida con un conjunto deportivo para darnos Royal

Milk Tea y buñuelos coreanos, trenzados, del Family Mart. La ropa le marca hasta el más mínimo pliegue del cuerpo.

Cuando vuelve a bajar, le pregunto a Mieko por qué su madre lleva zapatos dentro del apartamento, es extraño viniendo de una japonesa.

—Dice que para ella es importante oír cuando camina. Pero no quiere que se lo cuente a nadie.

Picoteamos una al lado de la otra. La etiqueta de la botella indica una edición especial de verano, con Donald y Daisy en traje de baño en la playa. Pienso en Disneyland Tokio. Podría llevar a Mieko. Pero seguro que no es de esas niñas a las que les gustan los parques de atracciones.

—¿Hay algún sitio en particular donde te gustaría ir en los próximos días? —le pregunto.

Ella mira al techo, luego a mí, quiere hablar pero se contiene, se encoge de hombros y acaba diciendo que no sabe muy bien, que como yo quiera. No me estás ayudando, pienso, contrariada.

Cuando termina sus fichas, me pregunta qué tiene que hacer ahora. No he preparado nada. Me invento un ejercicio que le llevará tiempo.

Aún me afecta la diferencia horaria. Dormito en el sofá. La ventilación funciona mal, el ventanal se ha cubierto de vaho, disminuye el espacio. Soy más pesada que sus ocupantes. Un falso movimiento y podría romperlo todo.

Cuando me acompaña al ascensor, la señora Ogawa me entrega un sobre y me da las gracias, parece vagamente aliviada de que me marche. Tiene el cabello húmedo, lleva un albornoz. No le he dicho adiós a Mieko, todavía con sus deberes, pero la puerta automática se cierra.

Cojo el tren a Nippori. Se me ha quedado un trozo de buñuelo entre los dientes. Retuerzo la lengua para intentar sacarlo. Acaba por disolverse pero se me queda la lengua ensangrentada.